á quién obedecen y siguen. Viven en común sin propio: porque todas las cosas entre ellas son comunes. Tienen también sus oficios repartidos en que se ocupan. Tienen sus castigos y penitencias para los culpados. Comen todas juntas á una misma hora. Hacen su señal á boca de noche al silencio: el cual guardan estrechísimamente, sin oirse el sumbido de ninguna de ellas; hacen otra señal á la mañana para despertar al común trabajo: y castigan á las que luego no comienzan á trabajar. Tienen sus zeladores, que velan de noche para guardar la casa, y para que los zánganos no les coman la miel. Tienen sus porteros á la puerta, para defender la entrada á los que quieren robar. Tienen tambien sus frailes legos: que son unas abejas imperfectas que no hacen cera ni miel: mas sirven de acarrear mantenimiento y agua, y de otros oficios necesarios y bajos. Todo esto trazó y ordenó aquel soberano artífice con tanto orden y providencia, que pone grande admiración á quien lo sabe contemplar. Escriben de la Reyna Sabá, que viendo la orden y concierto de la casa de Salomón, que desfallecía su espíritu viendo las cosas tan bien ordenadas por la cabeza y traza de este gran Rey. No es mucho de maravillar que un hombre que excedía á todos los hombres en sabiduría, hiciese cosas dignas de tan grande admiración: mas que un animalillo tan pequeño haga las mismas cosas tan bien ordenadas en su manera de vida, eso es cosa que sobrepuja toda admiración: pues-

to caso que la costumbre cuotidiana de ver estas cosas les quita gran parte de ella. Plinio escribe que Aristomacho Solense se maravillaba y deleitaba tanto en contemplar las propiedades de las abejas, que por espacio de cincuenta y ocho años ninguna otra cosa mas principalmente hacía que esta. Y de otro insigne hombre escribe, que moraba en los campos par de las colmenas, por mejor alcanzar las propiedades y secretos de esos animalillos. Los cuales ambos escribieron muchas cosas que alcanzaron con esta tan larga experiencia y diligencia.

Yo aquí recopilaré lo que dos graves Autores Plinio y Eliano, escriben de esta materia: en la cual ninguna cosa hay que no sea admirable, y que no esté dando testimonio de la sabiduría y providencia de aquel artífice soberano que todo esto hizo. Y pido al Cristiano lector que no tenga por increibles las cosas que aquí se dijeren: considerando por una parte la autoridad y experiencia de los que las escribieron; y por otra que no son tanto las abejas las que esto hacen, cuanto Dios, que quiso dárselos á conocer obrando en ellas todas estas maravillas. Más el sentimiento de esto remito á la devoción y prudencia del lector. Porque si con cada cosa de estas hubiese de juntar su exclamación, se haría un tratado muy prolijo. Solamente diré que siendo el hombre criado á imagen de Dios por haber recibido en su ánima aquella divina lumbre de la razón, con la cual no sólo alcanza las cosas divinas, sino

también sabe trazar una república muy bien ordenada, con todas las partes y oficios que para ella se requieren: con ser esto así, verá que todo esto que alcanza el hombre con esta lumbre divina, traza y ejecuta este animalillo muy más perfectamente que ese mismo hombre. Esta consideración sirva para cada una de las cosas que aquí dijeremos; acordándonos (como digo) que todo esto hace Dios para que reconozcamos su grandeza y providencia, y conforme á este conocimiento le honremos y veneremos.

(Fr. Luis de Granada.)

9ª Fábula.

Ciego, Sordo y Mudo.

Entró cierto Pelagatos
En los salones de un Rey,
Y sin respeto á su ley,
Cometió mil desacatos.

Al instante un Palaciego,
Por señas, le dice «Atrás!
Qué! No sabes dónde estás?»
Más no hizo caso: era Ciego,

Llega un Paje, y le habla gordo,
Ponderándole, irascible,
Que aquel lugar es terrible;
Más no comprende; era Sordo.

Ya entónces, con modo rudo,
Y con hostil interés,
Procuran saber quién es;
Más no responde: era Mudo,

Y, visto que va adelante
Con sus ejemplos tan malos,
Echaron al hombre á palos,
Y así comprendió al instante.

Jóvenes, sin fé y doctrina,
(Sin sentido de cristianas!)
Que vais al templo ¡profanas!
Á hollar la mansión divina.

Salid del lugar tremendo,
Antes que el Señor del mundo
Os lance de allí al profundo,
Vuestros desacatos viendo.

13ª ADIVINANZA.

Somos dos, luces llevamos,
Ya bajamos, ya subimos,

Luego juntos caminamos,
Luego parados estamos,
Luego vamos y venimos;
Á un gran Rey acompañamos
Cuando va á su trono real,
Luego su imágen llevamos
Entre los dos por igual.
Como un pié cada uno tiene,
Un infante nos sostiene.

14ª ADIVINANZA.

Servimos siempre de día
Y de noche algunas horas,
Nos acompañan Señoras
Y aun Señores á porfía,
Y con fervor y fé pía
Nos toman por medias horas;
Algunas veces tronamos;
Lágrimas, luego tenemos
Cuando al aire nos ponemos;
Otras, dicen que nos vamos,
Aunque el puesto no dejamos

Ni siquiera nos movemos.
Somos imágen sentida
De Dios, sin error ninguno;
Uno en tres y tres en uno,
Alma, cuerpo, y luz ó vida.
Con seña tan repetida
¿Podrá ignorarnos alguno.

SABADO NONO.

Vida de la Bienaventurada Imelda.

Logra entrar á un convento.—Sus virtudes en esta santa casa.—Su admirable penitencia.

LA niña Imelda, llena de los piadosos deseos que le inspiraban dejar el mundo, y apartarse de sus pompas y vanidades, suplicó á sus padres que le permitiesen entrar en un convento. En Valdipietra, no lejos de la ciudad de Bolonia, se encontraba uno de Religiosas de santo Domingo, y allí tuvo el gusto de ser colocada, revistiendo como entonces se acostumbraba, el hábito negro y blanco de la Orden; no porque hacía to-

davía con él ningunos votos, sino como un simple traje para esperar en lo sucesivo si acaso se creía capaz de contraer tan sagradas obligaciones. Muy recientemente entrada á aquella santa casa, y siendo la más joven de todas las personas que en ella moraban, muy pronto comenzó á admirarlas con sus virtudes, y á edificarlas con sus ejemplos, pues no había un sólo punto de la regla, por difícil que fuese, que no observase con suma exactitud, ni combates que entablar contra sus inclinaciones, en que no saliese triunfante y victoriosa, ni penitencia ruda y austera que no la aplicase á su carne virginal é inocente. Cuéntase que en aquellos miembros tan delicados y sensibles practicaba la mortificación corporal al igual de aquellas mujeres pecadoras, que se hicieron célebres por sus grandes penitencias. Y es, que cuando se tiene en el corazón un amor ardoroso, menester es que estalle y se muestre de algún modo, y no pudiendo como santa Inés y otras santas niñas, dar su vida por Jesucristo, al menos se consolaba con castigar su cuerpo, como santa Rosa y Santa Mariana, la rosa y la azucena de la América.

Al poco tiempo, pues, de vivir en aquel dulce asilo, llegó á ser un modelo tan acabado de las virtudes del claustro, que aun las religiosas más antiguas, no vacilaban en proponérsela como un ejemplar, y la amaban con ese amor tierno é irresistible que la verdadera virtud engendra en los corazones puros. En tres cosas, sobre todo se

hacía notar Imelda: en su asiduidad en la oración, en su filial y dulce amor para con la Reina de las vírgenes, y en la extraordinaria devoción para con la Sagrada Eucaristía. Su mayor contento era pasar largas horas delante del adorable Sacramento de los altares; mientras estaba oyendo la santa Misa, permanecía como absorta en la meditación de estos sagrados misterios; y era tanto el amor que entonces la abrasaba, que la hacía derramar un torrente de lágrimas, y la violencia de sus deseos le arrancaba sollozos y suspiros que las más veces no le era posible reprimir.

Y vosotras, niñas cristianas, ¿cómo asistís á la santa Misa? ¿Dejais de oirla cada día por la pereza que no os deja levantaros temprano? ¿Estáis devotas y recogidas en el templo derramando lágrimas de devoción como la niña Imelda, ó más bien derramando miradas y mostrando sonrisas que profanan el lugar santo? ¿Tenéis amor al Santísimo Sacramento, luz de las almas, sol de la Iglesia, encanto de los corazones? Pensad en esto seriamente, para obtener provecho de estas lecciones.

Hasta el sábado, niñas.

DECIMO DOMINGO.

Vida de una santita de nueve años.

X.

Sigue su paciencia.—Hácenle una operación.—Cómo recibe á otras dos niñas negras.—Les explica el Catecismo, y las enseña á trabajar.

OFRECIALE todo á Dios, siempre dichosa y felíz con padecer por su Jesús que había padecido tanto por ella. ¡Oh y cuán dichosa soy en padecer, exclamaba la heróica niña, para llevar así la crúz con Jesús; yo sufro, pero tendré grande gloria.

Una hermana por compasión le dijo en una vez:

—Si yo pudiera, querría por aliviarte tomar una parte de tus males.

—Si tú tomaras una parte de mis males, Jesús te daría también una parte de mi gloria; ¡oh no, muchas gracias! para mí todo mi mal, y para mí toda mi gloria. Soy muy dichosa en padecer tanto, porque tendré mayor gloria por lo mismo.

Finalmente, conocido su verdadero mal, se le aplicaron varios medicamentos; pero sin buen éxito: fué necesario hacerle una operación á la cual costó algún trabajo resolverla á prestarse, pues sólo la vista del instrumento la hacía extremecer; pero el amor de Jesús la hizo sobreponerse á sus temores y se sometió á la dolorosa operación, sufriendo con gran paciencia. Después de la incición quedó tan débil por la pérdida de los humores que corrían en abundancia por la herida, que no podía levantar la cabeza; eso la afligió mucho, porque temía perder el conocimiento. Se le dijo para consolarla que en estado de gracia, aun cuando perdiera el conocimiento, su alma al salir de esta vida iría al cielo.

—Sí, respondió Josefina, pero no podría recibir los Santos Sacramentos.

Acogía con mucha bondad á las hermanas que llegaban á visitarla y sabía conversar con tino.

Un día, oyendo tocar todas las campanas de la ciudad, preguntó:

—¿Qué es eso?

—Es el anuncio de la muerte de nuestra reina.

En aquel momento llevaban la sopa á Josefina.

—Pobre Rey! exclamó la niña, no tendrá ganas de comer. Si yo me hubiera muerto estaría muy contenta en el cielo, y el rey no lloraría mi muerte.

El 26 de Febrero de 1855 llegó al convento el padre Olivieri con un padre Trinitario que le acompañaba, y traían otras dos niñas negras que

habiamos pedido; y con permiso de Monseñor entraron en el claustro para ver á nuestra enferma. Luego que percibió á su querido *Abuya*, derramaba lágrimas de gozo, y después, estrechando entre sus brazos á sus nuevas compañeras, exclamaba en santos transportes:

—¡Oh dicha! ¡oh dicha! dos niñas negras más para el cielo!

Y desde ese momento se hizo su amiga, su intérprete y su maestra. Si se les escapaba á las niñas infieles alguna palabra descompuesta, inmediatamente las corregía con dulzura:

—No, eso no está bien, el árabe habla así porque no está bautizado; pero el cristiano, como tiene á Jesús en su corazón, no dice esas palabras: ustedes, á quienes el Señor ha conducido aquí para hacerse cristianas, deben aprender á hablar como los cristianos; éstos no dicen malas palabras.

Cuando sus males se lo permitían, explicaba el catecismo á sus dos discípulas, las enseñaba á leer, á trabajar y á formar aspiraciones piadosas, sobre todo para pedir á Dios, la gracia del santo bautismo. Exigía de éllas el mayor cuidado en el recogimiento y la modestia; pues Dios, les decía, lo mira todo, y de todo nos ha de juzgar.

¡Qué prudencia en una niña! qué sentimientos tan nobles y delicados! qué gratitud para con sus bienhechores! qué zelo en tan tierna edad por la conversión de los infieles! Ved aquí, amadas niñas, preciosas virtudes que debeis esforzaros en

imitar. ¿Por qué siendo cristianas desde vuestro nacimiento, no halláis de poder practicar lo que Josefina, tan recien bautizada ejecutaba?

DE LAS ABEJAS.

X. Tienen un rey y matan los otros.—Fábrica de su casa.—Betún amargo.—Casa para el rey.—Casa para ellas.—Para los criados.—Repartimiento de los trabajos.—Aseo y limpieza.

Comenzaré pues por lo que todos sabemos: esto es, que las abejas tienen su Rey, á quien obedecen y siguen por doquiera que va. Y como los Reyes entre los hombres tienen sus insignias Reales, que son corona y cetro, y otras cosas tales, con que se diferencian de sus vasallos; así el Criador diferenció á este Rey de los suyos, dándole mayor y más hermoso y más resplandeciente cuerpo que á ellos. De modo, que lo que allí inventó el arte, aquí proveyó la misma naturaleza. Nacen de cada enjambre comunmente tres ó cuatro Reyes (porque no haya falta de Rey si alguno peligrase) más ellas entienden que no les conviene más que un sólo Rey: y por eso matan los otros, aunque con mucho sentimiento suyo. Más vence la necesidad y el amor de la paz al justo

dolor. Porque esto entienden que les conviene para excusar guerras y divisiones. Aristóteles al fin de su Metafísica, presuponiendo que la muchedumbre de los principados es mala, concluye que no hay en toda esta gran república del mundo más que un sólo Príncipe, que es un sólo Dios, mas las abejas, sin haber aprendido esto de Aristóteles, entienden el daño que se sigue de tener muchos Príncipes: y por eso escogiendo uno, matan los otros, aunque no sin sentimiento y dolor. Ya en esto vemos una grande discreción y maravilla en tan pequeño animalillo.

Escogido el Rey, tratan de edificar sus casas; y primeramente dan un betún á todas las paredes de la casa (que es la colmena) hecho de hierbas muy amargas: porque como saben que es muy codiciada la obra que han de hacer, de muchos animalillos (como son abispas, arañas, ranas, golondrinas, serpientes y hormigas,) quiérenle poner este ofensivo delante; para que exasperadas con esta primera amargura, desistan del hurto. Y por esta misma causa las primeras tres órdenes de las casillas que están en los panales más vecinos á la boca de la colmena, están vacíos de miel; porque no halle luego el ladrón á la mano en que se pueda cebar. Esta es también otra providencia y discreción.

Hecho este reparo, hacen sus cosas: y primeramente para el Rey edifican una casa grande y magnífica, conforme á la dignidad Real; y cercada de un vallado, como de un muro, para más

autoridad y seguridad. Luego edifican casas para sí: que son aquellas celdillas que vemos en los panales: las cuales les sirven para su habitación, y para la criación de los hijos, y para guardar en ellas como en unos vasos, la provisión de su miel. Las cuales celdas hacen tan perfectas y proporcionadas, cada una de seis costados, y tan semejantes unas á otras, como vemos: para lo cual ni tienen necesidad de regla ni de plomada, ni de otros instrumentos más que su boquilla, y sus piesecillos tan delicados: donde no sabréis de qué os halláis más de maravillar; ó de la perfección de la obra, ó de los instrumentos con que se hace. Ni se olvidan de hacer también casas para sus criados, que son los zánganos: aunque menores que las suyas, siendo ellos mayores.

Hecha la casa, y ordenados los lugares y oficinas de ella, síguese el trabajo, y repartimiento de los oficios para el trabajo, en la forma siguiente. Las más ancianas, y que son ya como jubiladas y exentas del trabajo, sirven de acompañar al Rey, para que esté con ellas más autorizado y honrado. Las que en edad se siguen después de estas (como más diestras y experimentadas que las más nuevas) entienden en hacer la miel. Las otras más nuevas y recias salen á la campaña á buscar los materiales de que se ha de hacer así la miel como la cera. Y cada una trae consigo cuatro cargas. Porque con los piés delanteros cargan las tablas de los muslillos; la cual tabla no es lisa, sino áspera, para que no despida de sí

la carga, que le ponen: y con el pico cargan los piés delanteros, y así vuelven á la colmena con estas cuatro cargas que decimos. Otras entienden de dos en dos ó de tres en tres, en recibir á estas y descargarlas, cuando vienen. Otras llevan estos materiales á las que hacen la miel, poniéndolos al pié de la obra. Otras sirven de dar la mano á estos oficiales para que la hagan. Otras entienden en pulir, y bruñir los panales, que es como encalar la casa después de hecha. Otras se ocupan en traer mantenimientos de ciertas cosas, de que ellas comen. Otras sirven de azacanes, que traen agua para las que residen dentro de la casa: la cual traen en la boca, ó en ciertos pelillos, ó vello, que tienen por el cuerpo, con los cuales, viniendo mojados, refrigeran la sed de las que estan dentro trabajando. Y de este oficio de acarrear agua, y de traer mantenimiento, sirven principalmente los zánganos. Otras hay que sirven de centinelas, y guardas, que asisten á la puerta para defender la entrada á los ladrones. A todo esto preside el Rey, y anda por sus estancias, mirando los oficios, y trabajos de sus vasallos, y exhortándolos al trabajo con su vista y real presencia, sin poner el las manos en la obra; porque no nació el para servir, sino para ser servido como Rey; y junto á el van otras abejas, que sirven de acompañarlo como á Rey.

Bien se ve por lo dicho, cuan admirable sea el poder y sabiduría del Criador, en haber puesto tal orden, y tal repartimiento de oficios, para proveer este tan suave, y gustoso licor á los hombres, que tantos disgustos le dan con sus malas obras. Pero aun otras maravillas añadiré á estas: de las cuales una es, que tienen dentro de las colmenas sus secretas, como las hay en los Monasterios, que es un lugar apartado, donde van todas á descargar el vientre. Porque como el Criador diputó este licor de la miel para el mantenimiento de los hombres, muchos de los cuales son muy asquerosos; por esto ordenó, que fuere purísimo, y muy limpio, como lo vemos. Y aun otra cosa tienen de insigne providencia, y es, que los días que no salen al campo, por ser tempestuosos, tienen diputados para sacar estos excrementos de la colmena, y hecharlos fuera: porque no quieren perder por esta ocasión el día de trabajo, ni quieren estar ociosas el día que no lo es, guardando lo que más importa para el mejor tiempo, y lo que menos importa para el que no lo es tal.

(Fr. Luis de Granada.)

10ª Fábula.

Tirios y Troyanos.

Al huerto vecino
De espesos naranjos
Se van en caterva
Los chicos del barrio:

Paquillo es el jefe
(Que es hijo del amo)
Travieso, maligno,
Quien cobra el barato.

Por ende, una tarde,
Corriendo y brincando,
El pícaro asesta
A otro un naranjazo.

Gritándole:—"Apunten....
Fuego! prum! abajo!"—
Y en mal hora tuvo
Tan bélico rasgo;

Pues todos le imitan
Proyectil en mano,
Y traban la lucha
Tirios y Troyanos.

—Traidores!—al arma!—
—Prum! prum!—cañonazo!
—Coged municiones!—
Gritan los dos bandos.

—Vengan proyectiles!—
Y, en muy breve rato,
No queda en el huerto
Con fruto ni un árbol.

En esto aparece
Colérico el amo,
Y escúrrense todos
Más listos que galgos.

Paquillo es quien queda
Gimiendo y llorando:
—"Ay, Padre, yo sólo,
Fuí uno de tantos!"

—Más fuiste el primero:
Te ví desde el alto;
Así, tus costillas
Lleven todo el pago."

Y, zurra que es tarde!
A coces y á palos,
In solidum paga
Todo el descalabro.

De un pésimo ejemplo
Vendrán mil pecados:
Más ¡ay del inícuo
Que puso el escándalo!

(*Pbro. C. Fernández*).

15ª ADIVINANZA.

Soy tribunal exquisito
Al público y en secreto

Más el juez es tan discreto
Que al reo perdona el delito
Sin darle su juicio escrito
Cuando á mí se acerca el reo,
Está preso y bien atado
Y cuando está sentenciado
Libre y contento lo veo,
Siempre el juez de negro viste,
Cual si fuera á condenar
Mas su oficio es perdonar
¿Dime niña, lo entendiste?

SABADO DECIMO.

Vida de la bienaventurada Imelda.

Sus ardientes deseos de comulgar.—Su pregunta en las recreaciones.—Dilación de su dicha, y penas que le ocasiona.

MUY grande, decíamos, muy ardiente y notable era la devoción de la niña Imelda con el Santísimo Sacramento; pero más particularmente al tiempo de darse la sagrada Comunión, y cuando sus compañeras iban á participar del celestial

banquete, entonces la casta virgen sentía que su corazón se le abrasaba, y como que se le derretía con los ardores del fuego divino que por dentro la devoraba. Cuando asistía á las recreaciones, conforme á la regla indiferente á cuanto la rodeaba, parece que volvía en sí cuando se trataba del adorable Sacramento, y no dejaba de hacerles á sus compañeras esta pregunta, en que se revelaban las disposiciones de su alma: "por favor explicadme ¿cómo puede el cristiano recibir á Jesucristo en su corazón, y no morir?" Inmensos y ardorosos eran los deseos que sentía la santa niña de recibir á Jesús en su pecho por la sagrada comunión; pero los superiores, aunque admiraban su piedad, su modestia, y su prudencia y madurez tan sobre sus años, no obstante, no se atrevían á admitirla á la santa mesa, por no contrariar las costumbres establecidas, pués por aquella época no se acostumbraba que los niños hicieran su primera comunión hasta la edad de catorce años. Hoy, por el contrario, es muy conveniente que los niños se acerquen muy pequeños á la sagrada mesa, porque los peligros que los rodean, las seducciones del mundo, los incentivos de la carne son más fuertes y más numerosos, y conviene cuanto antes aplicar los remedios para que los males, tomando mas fuerza, no vengan á hacerse incurables.

Los tormentos de Imelda, con la dilación del cumplimiento de sus deseos, no se pueden explicar. ¡Qué tormento tan terrible para el que ama